

FAX. N°. (91) 523.29.43. A Adriana Arce. Madrid. Goytisolo 8/1
UB
Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats
Copia del artículo que saldrá en EL PERIODICO de Barcelona, el día
miércoles, 12 de Junio 1996. SALUDOS Y HASTA EL MIERCOLES, OS QUIERO.

COLOMBIA: PROBLEMAS DE LOS INDÍGENAS DEL ALTO CAUCA

49

José Agustín Goytisolo

Cuando se produjo el terrible terremoto que asoló la región del Valle y montes del río Cauca, en el Sur de Colombia, el 6 de junio de 1944, el Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC) se puso a trabajar en la reconstrucción de los muy graves daños producidos, que venían a aumentar la precaria situación de esta fértil zona. El entonces Presidente del CRIC se desplazó a Madrid, y se puso en contacto con la ONG española Fundación por los Pueblos indígenas de Iberoamérica, con la que colaboró desde su inicio, hace ya cuatro años. Se consiguió que el Presidente entonces del CRIC recibiese el premio Fray Bartolomé de las Casas. Marcos Aniame Se iniciaron las campañas por recabar fondos para los damnificados, y se elaboraron los primeros proyectos de ayuda al desarrollo de la zona; muchos de ellos ya aprobados y en marcha, empezando por los de emergencia.

El CRIC tiene ahora un nuevo y extraordinario Presidente: mi muy querido amigo Jesús Piñacué, que a sus escasos treinta y dos años, además de ser de ve muy joven, Licenciado en Filosofía, → conoce su región como nadie, y

posee gran capacidad de organización y ejecución de las obras; estas son muy necesarias para levantar la precaria condición de sus paisanos. "¿Tú eres amigo de este indio altanero y rebelde?", me preguntó un insensato profesor de Popayán, en esa zona. "No es altanero, sino alto y orgulloso" → representar a su gente, y su preparación es extraordinaria; no como tú, que eres bajito, feo y un tonto blanquiñoso", le respondí, y añadí que yo también me siento rebelde ante la injusticia.

Por Jesús Piñacué me enteré de las comunidades indígenas que componen el CRIC: los Kokonucos, los Totoroes, los Yanaconas, una parte de los Guambianos, los Eperaras-Siapiadoras y los Paeces. A estos últimos pertenece Piñacué, que me contó, en España y Colombia, en repetidas y densas sesiones, que estas comunidades suman un cuarto de millón de indígenas, que, desde hace veinticinco años, se asociaron formando el CRIC. Tales comunidades sufrieron la llamada conquista española, pero bajo la sabia dirección de la Cacique Gaitana, lucharon para que se reconociera su identidad, su cultura y su independencia, durante el s. XVII. El siguiente siglo fue, para ellos, un período de negociación y diálogo muy beneficioso, con Juan Tama como Cacique, hábil en las pacíficas relaciones con los criollos para asegurar los derechos de los pueblos indígenas. Lo peor fue que, en las guerras de Independencia de la Colonias Españolas, en el siglo XIX, las comunidades del Alto Cauca se vieron envueltas en rebeladas intestinas entre Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander, primero; y luego en las feroces luchas entre liberales y conservadores para el control del poder, en la ya independiente Colombia.

Poco varió el panorama a principios de este siglo XX que acaba; las comunidades deben su existencia a Cacique Quintín Lame, que convenció a los indígenas ^{de} que su historia era el único instrumento para asegurar la identidad de sus pueblos. Pero el poder estaba en Bogotá, y ellos siguieron malviviendo, entre las disputas de liberales y conservadores. La situación indígena iba empeorando: la descolonización, propiciada desde siempre por la Prefectura Apostólica de Tierradentro, —que con sus sacerdotes primero, y actualmente con los curas y monjas de la llamada teología de la liberación— están inten-

tando separar a los ancianos de los jóvenes, a fin de evitar que sigan vigentes sus viejas creencias, su cultura y su ancestral medicina naturista, para así menguar el poder de los antiguos Cabildos Indígenas, como legítimos órganos ^{que tienen} del poder y administración de justicia.

Por si esto fuera poco, a partir de 1970, narcotraficantes y guerrillas por ellos controladas, introdujeron en el Alto Cauca el cultivo de la amapola -de la que se extrae la heroína- y de las plantaciones de coca. Para combatir a esos facinerosos se creó, en 1974, el CRIC, y también un Comando Armado de Autodefensa llamado Quintín Lame, que actuó, ante la inoperancia del Ejército colombiano. Este año se han iniciado conversaciones entre el CRIC y el Gobierno de la nación, ^{aquej} a fin de ^{que entregue} las armas del Comando de Autodefensa, a cambio del compromiso del Gobierno de erradicar los cultivos ilícitos, dependientes del cartel de Cali -que provocan deforestaciones y corrupción entre los nativos-. Pero el Gobierno sólo ha empleado fumigaciones aéreas de glifosfato, que han polucionado el aire y los manantiales de agua, con pésimos resultados.

Bien, se puede preguntar el lector, qué papel jugamos mis amigos y yo, en la Fundación por los Pueblos Indígenas de Iberoamérica? En el caso del Alto Cauca, ^{pretendemos} recaudar todo el dinero posible para llevar adelante los proyectos ya en ejecución, como hicimos en la Amazonia y en Bolivia. Esos proyectos son, entre otros, un programa para la Mujer Indígena; la comercialización y distribución de los productos "limpios o ecológicos" de la zona; una planta enlatadora; desarrollo pecuario; ^{el} mejoramiento de viviendas, escuelas y equipamientos; y no sigo por no cansarles. El dinero saldrá, pues nuestra Fundación cuenta con importantes ayudas privadas, organizaciones ^{festivales} y actos multitudinarios... Y creo en gente casi tan valerosa como mi amigo Jesús Piñacue.